

MONITOR DEL COMERCIO.

EL MONITOR

SE REPORTE

EN MADRID

todos los jueves

POR LA MAÑANA,

Y SE REMITE

A PROVINCIAS

POR EL CORREO

FRANCO EL PORTE.

NADIE RECIBE

mas de un ejemplar

GRATIS

DE CADA NUMERO

aunque tenga

DERECHO A EL

POR VARIOS CONCEPTOS.



EL PRECIO

DE LOS ANUNCIOS

ES 25 CENTIMOS

cada 40 letras

PARA LOS QUE ANUNCIAN

PERIODICAMENTE.

ó 50 CÉNTIMOS

PARA LOS DEMAS.

NO SE REPITE

EL ENVÍO DE LOS NUMEROS

por ningun motivo

PORQUE SOLO SE TIRA

DE CADA UNO

los ejemplares necesarios

PARA EL SERVICIO.

Rogamos á las personas que tienen derecho á recibir gratis nuestro periódico y quieran que se les envíen tambien los pliegos del centro correspondientes á la importante obra titulada **Cronología Universal**, que no demoren dar aviso para que pueda regularizarse el servicio, y rogamos igualmente á todos que dispensen cualquiera falta en la distribución, muy disculpable si se considera el número tan crecido de suscritores que tenemos que servir y la necesidad de clasificarlos segun sus derechos respectivos.

Se ha repartido el tomo 3.º de la **Historia general de España**, por don Modesto Lafuente, edición económica; el tomo 18 de la **Historia del Consulado y del Imperio francés**, por Thiers; la entrega 18 del tomo 1.º de la **Historia Universal**, por don Salvador Costanzo; la entrega 2.ª de los **Recuerdos de un viaje por España**, y la novela titulada **Una en otra**, por Fernán Caballero. Están en prensa para repartirse inmediatamente:

El tomo 25 de la **Historia general de España**, por don Modesto Lafuente, edición de lujo, y el 4.º de la edición económica; las entregas 3.ª y 19 de los **Recuerdos de un viaje y de la Historia Universal**; el tomo 1.º de **Cuadros de costumbres**, por Fernán Caballero, y la **Historia de Carlos V**, por el conde de Fabraquer. Además se sigue con actividad la reimpresión de **Diccionario de Artes**, de la **Enciclopedia moderna**, de la **Historia de la Revolución francesa**, por Thiers; de las **Obras de Chateaubriand**, de las **Novelas de Alejandro Dumas**, y de la **Biblioteca de Educacion**, sin perjuicio de las nuevas publicaciones que estamos preparando y que anunciaremos sucesivamente.

HIPÓLITO Y DIANORA (I).

Si pasais en Florencia por delante de una iglesia pequeña, llamada la iglesia de Santa María sobre el Arno, y situada en la *via dei Bardi*, reparareis sin duda en su escudo colocado entre dos libros, y representando las armas del pueblo florentino, acompañadas de esta divisa enigmática: *Fuoco mi feci*. Si preguntais entonces quién ha hecho edificar esa iglesia, y qué significa esta divisa, se os responderá que esa iglesia fué edificada por Hipólito de Buondelmonte, y se os contará la siguiente leyenda en explicación de la divisa.

Hacia 1225, es decir, en la época en que los primeros odios güelfos y gibelinos reinaban en toda su fuerza, existían en Florencia dos familias, que se

habían jurado un odio mortal: eran los Buondelmonte y los Bardi.

Pero como ya se sabe, en medio de todos estos odios de familia que dividen á los padres, sucede siempre que algun amor secreto se desliza entre los hijos, semejante á la paloma del Arca, trayendo el ramo de olivo. Pyramo y Thisbe eran vecinos y se conocían desde la infancia. Romeo y Julietta se encontraron en un baile, y el mismo día juraron amarse toda la vida, ser el uno del otro, ó morir juntos.

—Pyramo y Thisbe, Romeo y Julietta cumplieron la palabra dada: se amaron toda la vida, murieron el uno con el otro, y, lo que es mas todavía, el uno para el otro.

Hipólito y Dianora se encontraron una mañana en el Baptisterio de San Juan.—El jóven desde la *via Rondinelli*, siguió á aquella jovencita, cuyo andar tenía cierta elegancia aristocrática: entró ella en el Baptisterio, y él detrás de ella; levanta su velo para tomar agua bendita, Hipólito la ve, ella ve á Hipólito, y no hubo mas que hacer. Los jóvenes leyeron mutuamente en sus ojos los sentimientos que experimentaban y no pudieron decirse mas que dos palabras, sus dos nombres. El día en que se habían encontrado era el 13 de enero, que se llama en Florencia el día del perdón.

Desde este momento, Hipólito no pensó mas que en volver á ver á la que amaba: pasaba y repasaba sin cesar bajo sus ventanas; por todas partes por donde ella iba, allí estaba el jóven; nada agotaba su paciencia, sea que debiera precederla, ó esperarla horas enteras para verla un segundo; y esto sin otra recompensa muchas veces que una seña, una mirada ó una palabra; porque Dianora pertenecía á una familia de costumbres severas, y estaba rigurosamente vigilada.

Un día la dueña de Dianora se apercibió de lo que pasaba entre los dos amantes: previno al padre de la jóven, y Dianora recibió la orden de no salir de casa. Entonces, después de las esperanzas, después de los sueños dorados, vinieron los verdaderos dolores del amor. Durante algun tiempo todavía, Hipólito ignoró su desgracia: creyó que una ausencia momentánea, que una indisposición repentina, le alejaba de Dianora. Continuó pasando bajo su ventana, yendo donde esperaba encontrarla, pero fué inútil: no pudo volverla á ver.

Pasáronse los días y las noches; los días recorriendo las iglesias; las noches esperando oculto tras una pared, el instante en que se abriera una de las ventanas de aquel inexorable palacio Bardi. En fin, una noche, una mano pasó entre las barras de la celosía, y un billete cayó á los pies de Hipólito. Corrió á una luz que alumbraba delante de una Madona y no dudando que aquel billete vendría de Dianora, lo besó y volvió á besar veinte veces: de tal modo latía su corazón, sus ojos se habían oscurecido de tal manera

por el vértigo, que le costó gran trabajo al principio descifrar lo que contenía. Al fin leyó lo que sigue:

«Mi padre sabe que nos amamos; me ha prohibido volvernos á ver. Adios para siempre.»

Hipólito creyó que iba á morir: volvió al palacio Bardi y quedó allí hasta el día bajo las ventanas de Dianora esperando que la celosía se volviese á abrir; la celosía permaneció cerrada. Vino el día y forzoso le fué á Hipólito volverse á su casa.

Pasáronse otras cinco ó seis noches siempre aguardando y siempre seguidas del mismo desengaño. Hipólito estaba cada vez mas y mas sombrío: respondía apenas á las preguntas que se le dirigían, y aun á su misma madre rechazaba. En fin, no pudo soportar aquel prolongado sufrimiento: le faltaron las fuerzas y cayó enfermo.

Llamaron los mejores médicos de Florencia, pero nadie pudo adivinar la causa de los padecimientos de Hipólito. A todas las preguntas que le dirigían, contestaba moviendo la cabeza y sonriendo tristemente. Los médicos reconocieron únicamente que era presa de una fiebre ardiente, y que si no se llegaban á detener sus progresos, en breves días le habria devorado.

La madre de Hipólito no se separó de él: siempre fijos sus ojos sobre él, y la boca entreabierta por una continua interrogación suplicaba á su hijo la revelase la causa de su mal. Porque con esa sagacidad de instinto que poseen las mugeres, conocía muy bien que aquella enfermedad no era una simple afección física, y que habia en el fondo de ella algun grande dolor moral. Hipólito se callaba; pero la fiebre produjo bien pronto el delirio, y en el delirio habló. La madre de Hipólito supo todo: supo que su hijo amaba á Dianora, con ese amor que da la muerte cuando no da la felicidad. Anonadada abandonó la cabecera del enfermo. La pobre muger sabía que no habia nada que esperar del padre de Dianora: conocía aquel odio profundo que dividía á las dos familias, sabía el implacable encono de los partidos políticos. No pensó ni aun en dirigirse á su marido; corrió á casa de una amiga que lo era de las dos casas rivales. Esta amiga se llamaba Contessa dei Bardi, habitaba en una casa de campo á media milla de Florencia llamada la Vila Monticelli.

Contessa comprendió todo: las mugeres frecuentemente tan implacables en sus propios odios, tienen siempre un lugar en el corazón abierto para compadecerse del amor cuando presencian un tormento en los demás. Prometió á la pobre madre desolada que Hipólito y Dianora se volverían á ver.

La madre de Hipólito volvió al palacio Buondelmonte. Su hijo continuaba postrado en el lecho del dolor, cerrados sus ojos por el abatimiento y su boca abierta por el delirio. El médico estaba inclinado sobre su cabecera y meneaba la cabeza como un hombre que no tiene ya esperanza, la madre sonrió. Des-

(1) IMPRESIONES DE VIAJE.—LA VILA PALMERI, por Alejandro Dumas.

pues, cuando el médico salió volvió á ocupar su sitio. Se inclinó á su vez sobre el lecho de su hijo, después, besando su frente cubierta de un helado sudor:

—Hipólito, le dijo á media voz, volverás á ver á Dianora.

El joven abrió sus ojos estraviados y febriles, miró á su madre con ese aire inquieto del reo al cual se le anuncia su perdón en el momento en que pone el pie sobre el primer escalón del patíbulo; después, arrojando sus brazos alrededor del cuello de la pobre muger:

—¡Oh madre mía, madre mía! exclamó: ¡mirad lo que me decís!

—Te digo la verdad, hijo mío; tú amas á Dianora ¿no es así?

—¡Oh! ¡sí, la amo, madre mía!

—¿Te has creído separado para siempre de ella?

—¡Ay! lo estoy.

—¿Y es por eso por lo que quieres morir?

Hipólito ahogó un sollozo estrechando á su madre contra su corazón.

—Pues bien, no morirás dijo la madre: volverás á ver á Dianora, y si ella te ama, aun puedes ser feliz.

Hipólito no tuvo fuerza para responder; se desahizó en lágrimas. Su corazón, tan largo tiempo oprimido por el dolor, parecía hacerse pedazos al contacto de la alegría; después se hizo decir todo, repetir todo, volverle á decir todo, aun no cansándose de oír aquellas dulces palabras, bebiendo la esperanza que le derramaba su madre como la flor marchita bebe la brisa de la noche, como la tierra seca bebe el rocío de la mañana.

En fin, se incorporó sobre su cama, miró á su madre, y como si no pudiera creer tanta felicidad:

—¿Y cuándo la volveré á ver? preguntó.

—Cuando estés bastante fuerte para ir hasta la villa Monticelli, respondió su madre.

—¡Oh, madre mía! exclamó Hipólito, en este instante mismo.

Y probó á levantarse, mas era para él un esfuerzo esceso: volvió á caer desfallecido sobre su cama. La pobre madre se dejó caer de rodillas, y rogó tanto, que él tuvo paciencia y pareció calmarse.

A la mañana siguiente, el médico, que venía con el temor de ver á Hipólito moribundo, le halló sin fiebre, el buen hombre no comprendía nada de aquello, y dijo que Dios había hecho un milagro, y que únicamente á Dios debía darse gracias. La madre de Hipólito dió gracias á Dios, porque era un corazón religioso que hacía depender todas las cosas del Señor; mas bien sabía ella de donde venía el milagro y cómo se había verificado.

Las fuerzas le volvieron á Hipólito, si bien muy lentamente para su impaciencia; sin embargo, á la mañana siguiente se levantó, y tres días después se hallaba bastante fuerte para salir.

Al mismo tiempo se anunció por la ciudad una gran fiesta en la villa Monticelli; todos los Bardi, que eran de la misma familia que la dueña de la casa, habían sido invitados á ella; pero como es de suponer, por temor de algun suceso desagradable, ninguna familia gúelfa debía hallarse en aquel soireé, y sobre todo ningun Buondelmonti, puesto que los Buondelmonti, eran los gefes del partido gúelfo.

Dianora dei Bardi había rehusado desde un principio asistir á aquella reunion, porque tambien estaba débil y doliente. Pero su prima Contessa había insistido, y había prometido á Dianora que la guardaba para aquella fiesta una sorpresa que la llenaría de alegría, y Dianora haciendo un movimiento con la cabeza en señal de duda, había aceptado. Dianora se había adornado á propósito; porque si el corazón de la muger puede estar triste, es preciso siempre que su rostro esté bello. Fué, pues, á la villa Monticelli. La fiesta estaba brillante. Todas las casas grandes gibelinas se habían reunido en la villa Monticelli. Dianora aguardó largo tiempo á ver la sorpresa anunciada. En fin, no descubriéndola, preguntó á su prima cuál era, pues, aquella sorpresa que debía causar tanta alegría.

Contessa la hizo señal de que la siguiera, la guió por una larga galería y la hizo entrar en un cuarto inmediato á la capilla. En seguida, habiéndola dicho aguardase un instante cerró la puerta y se alejó. Había en este cuarto dos puertas: la una que daba á un gabinetito, y la otra á la capilla. Al cabo de un instante Dianora oyó un ligero ruido, volvió la cabeza del lado de donde venía aquel ruido, la puerta del gabinete se abrió y apareció Hipólito.

La primera sensacion de Dianora fué el espanto; arrojó un grito y quiso huir. Pero la puerta estaba cerrada con llave; volviéndose entonces vió á Hipólito de rodillas, tan pálido y suplicante, que á su pesar le tendió la mano. Hipólito se precipitó sobre aquella mano tan querida, la estrechó contra su corazón, la besó y volvió á besar cien veces. Después los jóvenes murmuraron esas vagas palabras de amor sin resultado y sin razon pero que dicen tantas cosas; en fin,

cayeron en los brazos el uno del otro. En aquel momento se abrió la puerta de la capilla: era el capellan que entraba por casualidad en aquella habitación para guardar en ella las llaves del sagrario. Los dos jóvenes, que no aguardaban esta aparicion, vieron en el sacerdote un enviado del cielo, y cayeron á sus pies.

La capilla estaba allí; el capellan les había sorprendido en los brazos el uno del otro; el ministro de Dios conocia los odios que separaban las dos familias; creyó que era una puerta de reconciliacion que la Providencia abría á los padres por la mano de los hijos; y cuando le rogaron les uniese, no tuvo valor para rehusar. Unicamente los dos jóvenes prometieron no revelar su nombre sino en el último extremo: los odios entre los Buondelmonte y los Bardi estaban tan enconados todavía, que el pobre capellan podía pagar su condescendencia con alguna puñalada. Todo el mundo debía, pues, ignorar este matrimonio, aun la madre de Hipólito, aun la misma prima de Dianora. Este juramento fué hecho sobre el Evangelio. Después de unidos los dos jóvenes el sacerdote desapareció.

Entonces los dos nuevos esposos arreglaron entre sí el modo de verse todas las noches. La casa que ocupaba Dianora estaba situada en una de las calles mas estraviadas y desiertas de Florencia; su habitación daba sobre aquella calle; colgaria un cordoncito de seda en su ventana: Hipólito ataría á él una escala de cuerda: Dianora fijaría esta escala en la ventana, y por este medio el marido llegaría hasta su muger.

Acababan de ser tomadas estas medidas, cuando volvió Contessa: Hipólito había oído pasos que se aproximaban, y se había vuelto á entrar en su gabinete. Contessa encontró, pues, á Dianora sola; pero no tuvo necesidad de interrogarla, para saber si había vuelto á ver á Hipólito. Dianora se arrojó ruborizada en sus brazos murmurando á su oído:

—Gracias, gracias.

Después volvió á entrar en la sala de baile, estremeciéndose de temor y radiante de felicidad á un tiempo.

La noche del día siguiente, era la noche de la boda; había para Hipólito una profunda felicidad en este misterioso matrimonio. Estaba bien seguro de que se le amaba, puesto que por él se esponsia Dianora á todas las consecuencias de un paso semejante; la joven había sacrificado todo por Hipólito, é Hipólito conocía que estaba pronto por su parte á sacrificarla su vida. El joven Buondelmonte aguardaba con impaciencia aquella noche en la que mientras que todo el mundo ignoraba su felicidad, sería dichoso con la bienaventuranza de los ángeles. Desde por la mañana compró una escala de cuerda; todo el día estuvo mirando y besando aquella escala que á la noche debía conducirle al paraíso. Por fin llegada la noche aguardó con una extrema impaciencia á que diesen las once: era la hora convenida; á las once y algunos minutos, Dianora debía abrir su ventana.

Hipólito atravesó el Ponte-Vecchio y se entró en la via dei Bardi. La calle estaba sombría y desierta; ni un alma viviente turbaba la soledad de la calle, y el único ruido de los pasos de Hipólito que tocaba suavemente á la tierra, se oía muy poquito en el silencio de la noche. El joven llegó bajo la ventana; por mas que se hubiese adelantado á la hora, Dianora le aguardaba hacia largo tiempo; el cordón de seda descendió al punto, agitándose y revelando así la agitacion de la que lo tenía. Hipólito ató á él su escala: Dianora fijó la escala en su ventana. Mas apenas Hipólito había puesto el pie sobre el primer travesaño, cuando una patrulla del Bargello apareció; viendo á un hombre que se disponía á escalar una ventana, le gritaron:

—¿Quién vive!

Hipólito saltó á tierra, arrancó prontamente la escala de cuerda del clavo, al cual estaba enganchada, y huyó hacia el Ponte-Vecchio. Desgraciadamente á la mitad del camino encontró otra patrulla que le obligó á volver atrás; se ocultó entonces bajo un arco que hacía parte del palacio Bardi; pero cogido entre las dos patrullas que avanzaron simultáneamente hacia el sitio donde había desaparecido, fué descubierto y arrestado.

Florencia no era entonces la Florencia del siglo XVI, que durante cien años los Médicis habían formado bajo la corrupcion y la tiranía; era la Florencia antigua, pura y severa como Roma en los tiempos de las Lucrecias y de las Cornelias. Hipólito en lugar de ser puesto en libertad, como le hubiese sucedido en los tiempos de Lorenzo de Médicis ó del duque Alejandro, fué conducido ante el podestá. Allí se vió precisado á declarar lo que hacía por la ciudad á aquella hora avanzada de la noche, y con qué fin estaba provisto de aquella escala de cuerda, con la que se le había visto tratando de escalar una ventana del palacio Bardi. Hipólito respondió que existía en el palacio Bardi un pedazo de la verdadera cruz, dado á los antepasados del gefe de la casa actual por el emperador Carlo Magno. Como él atribuía á este santo talisman la superioridad que habían alcan-

zado los Bardi sobre los Buondelmonte en muchos encuentros, había querido, segun dijo, apoderarse de aquel palladium.

—¿Es, pues, por robar, por lo que queráis penetrar en el palacio? preguntó el podestá.

—Si, respondió Hipólito inclinando la cabeza en señal de una doble confesion.

—¡Pero es imposible! exclamó el podestá.

—Así es, dijo Hipólito.

—¡Pero comprendéis á lo que os espondeis por esa confesion?

—Si, respondió Hipólito sonriendo tristemente; si, lo sé; en Florencia se castiga al ladrón con la pena de muerte.

—¿Y persistís?

—Persisto.

—Llevad al reo, dijo el podestá. Y los guardias que habían detenido á Hipólito le condujeron á una prision.

El proceso de Hipólito se instruyó bien pronto con grande admiracion de toda la ciudad: no se podía creer que nunca este bueno y noble joven, de quien todos conocian su lealtad, se hubiese dejado arrastrar á una accion deshonrosa; pero era preciso que los mas incrédulos despreciasen su incredulidad, cuando verificándose la vista Hipólito de Buondelmonte repitió en presencia de todos, lo que había ya dicho al podestá; es decir, que había querido introducirse en el palacio de los Bardi para apoderarse del precioso pedazo de la verdadera cruz. Una cosa semejante únicamente había sucedido hacia mucho tiempo en Roma: una muger por un sentimiento de fé mal entendida, había robado el milagroso Bambino de la iglesia de Ara Celi. El deseo de asegurar la victoria á su familia podía servir de motivo plausible á la tentativa de Hipólito, sobre todo, en aquellos tiempos de odio exaltado y de arraigadas creencias. Así que comenzó á creerse en Florencia que efectivamente Hipólito de Buondelmonte había intentado cometer aquel robo. Como por otra parte, en lugar de negar afirmaba, como todas las preguntas del juez hallaban en sus labios la misma respuesta, fué preciso que los jueces le sentenciasen. Hipólito de Buondelmonte fué condenado á muerte. Por mas que todo el mundo conociese el texto de la ley, la sensacion fué profunda. Se esperaba que los jueces tuvieran consideracion con el acusado. Los jueces vacilaron en efecto un instante; pero delante de las afirmaciones del procesado, no pudieron hacer otra cosa que condenarlo. En efecto, si absolvian, ¿cómo aplicar la misma pena en el porvenir, por ejemplo, contra un verdadero ladrón que negara?

Se creyó que Hipólito haría alguna revelacion al sacerdote encargado de prepararle á la muerte, pero no le dijo nada, sino que era un grande pecador y que le suplicaba orase por él.

Su madre había solicitado verle: aquella pobre muger en su desesperacion había asegurado siempre que su hijo no era culpable, y que si le volvía á ver sabría arrancarle su secreto del corazón. Pero Hipólito desconfiaba de su debilidad filial, é hizo contestar á su madre que se volverían á ver en el cielo.

Hipólito no pidió sino una sola cosa; y era que, como la muerte de los ladrones era infame, permitiese la señoría que su cabeza fuese cortada en vez de ser ahorcado. La señoría concedió al condenado este último favor.

La víspera del día en que debía ser ejecutado, le notificaron la nueva fatal á las diez de la noche. Dió gracias al escribano que había venido á anunciársela, y como detrás del escribano viese á un hombre mas alto que él vestido la mitad rojo y la mitad negro, preguntó quien era aquel hombre: se le dijo que era el verdugo. Entonces desprendió de su cuello una cadena de oro y se la dió, dándole gracias de que cortándole la cabeza con su espada le salvase de la infamia. Después oró y se durmió.

A la mañana siguiente habiéndose despertado Hipólito, llamó al carcelero y le rogó fuese á casa del podestá para implorar de él una gracia; que el fúnebre acompañamiento pasase por la casa de los Bardi. El pretexto que alegaba Hipólito era el deseo que tenía de aprovechar los últimos instantes que le quedaban de vida para perdonar á sus enemigos y recibir su perdón. El verdadero motivo que tenía, era que quería ver á Dianora todavía una vez antes de morir. Las circunstancias en las cuales Hipólito presentaba esta demanda, eran demasiado graves para que se le negase. Hipólito obtuvo el permiso de pasar por delante de la casa de los Bardi.

A la siete de la mañana se puso el cortejo en marcha: el gentío se agolpaba en las calles que el reo debía atravesar: la plaza en que estaba levantado el cadalso rebosaba de gente desde la víspera por la noche. Los demás barrios de Florencia parecían un desierto.

Atravesó la comitiva el Ponte-Vecchio, que cruzaba sobre el Arno; tan lleno de gente estaba puesto que se encontraba en la direccion de la via dei Bardi. Los guardias marchaban delante para abrir el paso: iba en

seguida el verdugo con su espada desnuda al hombro; después Hipólito vestido de negro, la cabeza y el cuello descubiertos, marchaba con entereza, pero sin orgullo; con paso lento, pero firme, y volviéndose de tiempo en tiempo para dirigir la palabra á su confesor. Detrás de Hipólito iban los penitentes llevando el atahud, en el cual, después de la ejecución, debía ser depositado su cuerpo.

Todos los miembros de la familia de los Bardi se hallaban reunidos delante del umbral de la puerta de su palacio para recibir el perdón de Buondelmonte, y para volverle á su vez las palabras de paz que debían recibir de él. Dianora, vestida de negro como una viuda, estaba entre su padre y su madre. Cuando el reo se aproximó, todos los Bardi se hincaron de rodillas. Dianora quedó sola de pie, pálida é inmóvil como una estatua.

Llegando delante de la casa, se detuvo Buondelmonte, y con una voz dulce y tranquila, dijo el Pater, y después *Padre nuestro que estás en los cielos, hasta y perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros las perdonamos á los que nos han ofendido*. Los Bardi respondieron *Amen*, y se volvieron á levantar. Buondelmonte entonces se arrodilló á su vez. Pero en este momento Dianora se separa de su padre y de su madre, y va á arrodillarse junto á Buondelmonte.

—¿Qué haces, hija mía? exclamaron á un mismo tiempo el padre y la madre de Dianora.

—Aguardo vuestro perdón, dijo la joven.

—¿Y de qué te hemos de perdonar? preguntaron sus padres.

—De haber elegido esposo en la familia de nuestros enemigos: Buondelmonte es mi esposo.

Todos los circunstantes arrojaron un grito de admiración.

—Si, continuó Dianora levantando la voz; si, y ojalá todos los que están presentes: Hipólito no ha cometido otro crimen que el de que yo he sido cómplice. Cuando fué sorprendido subiendo á mi ventana, era de acuerdo conmigo. El iba á reunirse con su muger, y yo esperaba á mi esposo. Ahora ¿somos culpables? hacednos morir juntos: ¿somos inocentes? pues perdonadnos á los dos.

Todo estaba explicado: Hipólito había preferido fingirse reo de un crimen vergonzoso y morir sobre el cadalso, á comprometer á Dianora. Diez mil voces pidieron á la vez gracia para ellos. El gentío avanzó sobre los dos jóvenes, dispersó á los soldados, espulsó de allí al verdugo é hizo pedazos el atahud: después, cogiendo en sus brazos á Hipólito y Dianora, los llevaron en triunfo á casa del podestá, donde se hallaba la pobre madre solicitando todavía el perdón de su hijo.

No hay necesidad de decir que al instante mismo se revocó la sentencia.

Estando reunida la señoría, envió dos de sus miembros á los Bardi y á los Buondelmonte para rogarles en nombre de la república, se reconciasen y consintiesen en la felicidad de los dos jóvenes como prenda de ree conciliación. Por grandes enemigos que fuesen los Buondelmonte y los Bardi no pudieron negarse á la república, que rogaba cuando tenía el derecho de mandar. Así se extinguieron, por algun tiempo lo menos, los odios que dividían á las dos familias. En memoria de este suceso, fué por lo que Hipólito de Buondelmonte hizo edificar la pequeña iglesia de Santa María-sopra-Arno.

JUANA DE ARCO (1).

(Continuacion.)

XXVII.

El segundo refuerzo, conducido de Blois por el mismo Dunois, entró en la ciudad sin el menor contratiempo.

Dunois fué á dar gracias á Juana por la buena idea que le había inspirado, anunciándole la próxima llegada de un ejército inglés que iba á completar el bloqueo. «¡Bastardo! ¡bastardo! le dijo Juana, te mando que tan luego como aparezca ese ejército en campaña, me lo avises porque si se presenta sin que yo salga á atacarlos te haré cortar la cabeza,» añadió en tono festivo. Dunois prometió advertirla.

Pocos días después, hallándose una tarde sobre su lecho, descansando de las fatigas que había pasado aquella mañana para restablecer el orden, la piedad y las buenas costumbres entre las gentes de guerra, una inquietud sobrenatural le impedía dormir. Levántase de repente y llama á su escudero el anciano señor de Daulon. «¡Armádmel! le dice. El corazón me ordena que vaya á combatir á los ingleses, pero no me especifica si he de dirigirme contra sus fuertes ó contra su ejército.»

Mientras que el caballero la ponía su armadura, se alzó en las calles un gran rumor. El pueblo juzgaba que los franceses perecían ahogados en las puertas

de la ciudad. «¡Dios mío! exclamó Juana, ¡corre la sangre de los franceses! ¿Por qué no me han despertado antes? ¡Mis armas! ¡mis armas! ¡Mi caballo! ¡mi caballo!» Y sin aguardar al señor de Daulon, que aun no se había armado á sí propio, Juana, á medio vestir el traje de guerra, se precipita fuera de la casa.

Su pajeillo jugaba como un niño en el umbral. «¡Descuidado paje! ¿por qué no habeis venido á avisarme, le dijo, que corría la sangre de la Francia? ¡vamos, pronto, mi caballo!»

Se lanza sobre él, y acercándose á una ventana alta desde donde la alargaron su estandarte, partió á galope hácia la puerta de la ciudad. Al llegar encontró á uno de los suyos, á quien conducían herido y ensangrentado de las murallas, «¡Ah! exclamó, ¡jamás he visto la sangre de un francés sin erizarseme los cabellos!»

Los caballeros franceses habían intentado sorprender el fortín de Saint-Loup, y Talbot que fué á socorrerle venía vencedor, persiguiéndolos y acosándolos hasta las murallas de Orleans. Lanzóse Juana fuera de las puertas; rehizo los vencidos; echó mano de los refuerzos; rechazó á Talbot; asaltó la fortaleza; inmoló á los ingleses; hizo prisionera á la guarnición, y pasando al instante de la cólera á la piedad, lamentó los muertos y evitó fueran acuchillados los vencidos. Inspirada y heroína á la vez de su causa, el milagro de su insomnio, de su inteligencia, de su brazo y de su piedad, puso fuera de toda duda la fé de su nombre en los campamentos franceses, y espació el terror de su aparición en el de los ingleses.

Trató de escusar hasta la sangre de sus enemigos. Resuelta á dar un ataque decisivo á sus fortalezas, subió á lo alto de una torre, y desde allí, atando á una flecha la carta en que les intimaba rendirse, prometiéndoles gracia, tendió el arco y lanzó el dardo á su campamento. Empero continuaron sordos á esta segunda intimación, y la devolvieron por igual conducto las contestaciones mas infames.

Sonrojóse Juana al escuchar su lectura, y no pudo contener el llanto en presencia misma de sus gentes; mas no tardó en consolarse, reflexionando que Dios la hacía mas justicia que los hombres. «¡Bah! dijo, enjugándose las lágrimas, mi Dios sabe que esas no son mas que mentiras.»

XXVIII.

Ordenó, por opinion de Dunois, una salida y un asalto general sobre las cuatro fortalezas inglesas de la orilla izquierda del Loira. El ataque fué rechazado y los franceses puestos en fuga. Juana contemplaba la batalla desde lo alto de una isleta, en medio del río, y viendo la derrota se lanza en una frágil barquilla, y conduciendo á nado por la brida su caballo, llega al centro del combate. Su presencia, su voz, su estandarte, la divinidad que los soldados creían ver resplandecer sobre su hermoso rostro, les rebace, les anima y la siguen á las empalizadas: Juana, en un momento subyuga las fortalezas y las pone fuego con sus propias manos. Las cenizas de los fortines ingleses, empapadas en la sangre de sus defensores, fué el trofeo de aquella victoria. Juana volvió triunfante, herida en un pie por una flecha, y aun cuando perdía sangre no quiso comer ni beber, porque había jurado ayunar aquel día por la salvación del pueblo.

Dunois y sus oficiales creían estar bastante des- embarazada una de las orillas del río: «No, no, dijo Juana; vosotros habeis seguido vuestros consejos, yo sigo el mío. Creed que el consejo de mi rey y señor prevalecerá sobre el vuestro. Estad prontos mañana con el ejército, pues tendré que trabajar mas que hasta aquí: ¡se derramará sangre de mi cuerpo! ¡Seré herida!»

En vano los capitanes cerraron las puertas para oponerse el día siguiente á su ardor. El pueblo y los soldados, fanáticos de amor y fé hácia ella, se amotinaron casi contra los gefes, y amenazaron á los generales. Las puertas de la ciudad fueron derribadas por la multitud, que se precipitó como un torrente en pos de su profetisa. Los gefes fueron arrastrados por la tropa. Dunois, Gaucourt, Granville, Gouthaut, de Ruiz, Lahire, y Saintailles se lanzaron al asalto de la principal fortaleza que quedaba á los ingleses. El ejército inglés, rodeado de baluartes y fosos, acerbillaba á aquellas masas con el horrible fuego de su artillería. Las escalas, cortadas á hachazos, caían sobre los que intentaban el asalto, y al pie de las murallas se veían montones de cadáveres. El desaliento empezaba á apoderarse de la multitud; Juana sola, obstinada en su fé, coge una escala, la aplica al muro de la fortificación y sube la primera con espada en mano. Una flecha la atraviesa el cuello junto al hombro, y cae inanimada al foso. Los ingleses, para quienes Juana hubiera sido una victoria, salen de los atrincheramientos para apoderarse de ella. Gamaches la cubre con su hacha y su cuerpo; los franceses acuden á su voz y la libertan. Luego que volvió en sí, viendo á Gamaches herido y vencedor por ella: «¡Ah! dice arrepintiéndose de haberle contristado una vez;

tomad mi caballo y sin rescate. ¡Me engañé en pensar mal de vos, pues jamás vi un caballero mas generoso!» Condujose á Juana á un sitio retirado para desarmarla y reconocer su herida. La flecha salía como unas seis pulgadas por detras del hombro, y corría la sangre en abundancia. Se vió precisada, como Clorinda, á ofrecer las desnudas bellezas de su cuerpo á las miradas y manos de los hombres; «pero la castidad de su alma y la pureza de su sangre, vertida por la patria, la envolvían, dice Daulon, con tal santidad en su misma desnudez, que nadie, admirándola, concibió la idea de una profanación. Mas ángel que muger á los ojos de los combatientes y del pueblo, la vestía la divinidad de su empresa.»

Era muger y débil en consecuencia, por lo cual lloró al ver correr su sangre; pero pronto se consoló, rogando á sus celestes protectores. Arrancó en seguida la flecha con su propia mano, y contestó á los guerreros que la recomendaban remedios supersticiosos de encantadores y de palabras mágicas que se usaban á la sazón en los campamentos: «Preferiría antes morir que pecar de ese modo contra la voluntad de Dios.» Se la curó la herida con bálsamo y volvió á montar á caballo para seguir con sentimiento al ejército y al pueblo, que se retiraban desalentados.

XXIX.

Juana entró en una granja para orar. El corazón la decía que combatiese aun, pero no se atrevía á tentar á Dios y resistir á la opinion de los capitanes.

Su estandarte habíase protegido en el foso, al pie de la escala de donde fué derribada Juana; y habiéndose apercibido de ello Daulon, su caballero, corrió con algunos guerreros para ocupar aquel despojo, cuya pérdida hubiera afligido mucho á Juana, y cuya adquisicion habria enorgullecido demasiado á los ingleses. Juana los siguió, y en el momento en que Daulon volvía á poner el estandarte en manos de su dueña, desplegándose éste, agitado por el movimiento del caballo y por el aire, pareció á los franceses una señal que Juana les hacía para llamarlos á su socorro. Los franceses, ya en retirada, acudieron de nuevo para salvar á su heroína. Los ingleses, que la creían muerta, viéndola de nuevo á caballo á la cabeza de los suyos, la creyeron resucitada ó invulnerable, se apoderó de ellos un terror pánico. Las ilusiones del fuego de la artillería en medio de la roja humareda de la pólvora, les hicieron ver espíritus celestes, divinidades tutelares de Orleans, cabalgando en las nubes y combatiendo con la espada de Dios por Juana y su causa. Una viga arrojada al foso sirvió de puente levadizo á un intrépido caballero que franqueó el paso de las murallas á los batallones franceses. El comandante inglés Gladesdale, replegándose ante aquella irrupción, intentaba atravesar un segundo foso para encerrarse en el reducto: «¡Ríndete, Gladesdale! le gritó Juana. Tú me has injuriado villanamente; pero tengo piedad de tu alma y de la de los tuyos.»

Apenas hubo dicho estas palabras, el puente levadizo, sobre que combatía con valor el último puñado de ingleses, destrozado por la caída de otra viga, se hunde bajo los pies de los combatientes, y el Loira recibe sus cadáveres.

Juana, con la armadura teñida en sangre, entró en Orleans en medio del estruendo de las campanas, orgullosa, pero humilde, de una victoria que el ejército debía toda entera á ella, pero que ella reconocía deber solo á Dios. La embriaguez del pueblo la dividía. Ella era su salvación, su gloria y su religión á la vez. Jamás popularidad alguna confundió mejor al cielo y á la tierra bajo la forma de una virgen, de una santa, de una heroína. Lo humilde de su condición la hacía mas querida de aquella multitud, porque la asemejaban mas á ella. La salvación salía de la choza como en Belén.

XXX.

Los generales ingleses reconocieron el brazo de Dios en el irresistible ascendiente de aquella heroína. Incendiaron ellos mismos las fortalezas que les quedaban en el país, y desfilaron en retirada sobre las murallas de Orleans.

Los caballeros franceses y el pueblo querían aprovechar su desaliento para insultarlos y confundirlos: «No, dijo Juana con una dulce autoridad, no les mateis; basta que se vayan.» Y haciendo colocar un altar al pie de las murallas, hizo celebrar en él el sacrificio del perdón y entonar himnos de victoria durante el desfile de sus enemigos.

Libertado Orleans, lo estaba todo el reino. Aquella ciudad hizo de su libertadora su tutelara divina, y la preparó estatuas, no pudiendo aun erigir altares.

XXXI.

Pero Juana no perdió tiempo saboreando vanos triunfos. Condujo el ejército victorioso al delfín, para ayudarle á reconquistar su imperio ciudad por ciudad. El delfín y las reinas la recibieron como á un enviado de Dios que les llevaba las llaves perdidas y recobra-

(1) Véanse los números 3, 4 y 5.

das de su reino. «Yo solo duraré un año, dijo con un triste presentimiento que parecía revelar su calado en su victoria; necesito aprovechar bien el tiempo.»

Rogó al delfín fuera á hacerse coronar inmediatamente á Reims, aun cuando esta ciudad y las provincias intermedias estuviesen aun en poder de los borgoñones, de los flamencos y de los ingleses. La imprudencia de este consejo sorprendió á los consejeros y á los generales de la corte. La consagración del soberano en Reims, era á los ojos de todos una imposibilidad ó una temeridad, que por una vana sombra de poder le hacía abandonar los frutos de la victoria que tenía á la sazón entre sus manos. Se quería reconquistar antes la Normandía y la capital; los consejos sucedían á los consejos; Juana sufría en la corte en medio de semejante inacción; sus inspiraciones la asediaban, y ella asediaba humildemente á su vez al delfín.

Cierta día que se había encerrado con un obispo y con varios confidentes para deliberar acerca del partido que se debía tomar, Juana llamó tímidamente á la puerta del consejo, y el rey la abrió porque conocía la voz de la inspirada.

«Noble delfín, le dijo arrodillándose, no tengais tantos y tan prolongados consejos; venid á Reims y ceñireis vuestra corona. Los cielos me dicen que os lleve allí.—Juana, dijo el obispo á la joven, ¿cómo vuestro consejo os transmite sus disposiciones?»

«Sí, Juana, añadió el rey, decidnos ¿de qué manera?»

«Pues bien, respondió la joven; yo me puse en oración; y como me lamentaba de vuestra incredulidad en mi juicio, oí una voz que me dijo: ¡Parte, parte, hija mía, que yo te ayudaré, parte! Y al escuchar esta voz me sentí extraordinariamente regocijada; y quisiera que hablase siempre.»

Cedió el delfín, y dió el mando del ejército al duque de Alençon; marcharon contra los ingleses, dirigidos por Suffolk. La masa de los enemigos que había que destruir, hacia que vacilara la confianza de la corte y la de los pocos guerreros que seguían á Juana. «No temais atacar, dijo, pues Dios es quien nos guía. Si así no fuera, no preferiría guardar mi rebaño que exponerme á semejantes peligros?»

La siguieron, atravesaron á Orleans, embriagada todavía con su reciente gloria; marcharon contra Suffolk, el cual se encerró en Jargeau. El asalto que se dió allí fué sangriento. Juana, subiendo con su estandarte en la mano, fué derribada al foso por una gruesa piedra que rompió el casco que cubría su cabeza; pero pudo levantarse y renovar su primitiva animación.

Suffolk se dirigía á uno de sus caballeros, y Juana estimulaba continuamente á sus tropas para que siguieran adelante. «Teneis miedo, caballero, decía sonriendo al duque de Alençon, que unia la prudencia al valor; no temais nada, yo he prometido llevaros sano y salvo á vuestra muger.»

Buscaban otro ejército inglés mandado por Talbot en la Beauce. Separado de este ejército por un bosque, Labire, que mandaba la vanguardia, no sabía qué sendero tomar. Un ciervo que apareció de repente casi bajo los pies de su caballo se precipita en el campamento inglés, y los descubre á los gritos que no puede contener este pueblo cazador que ve al ciervo. El ejército francés, guiado por este milagroso incidente marcha contra aquellos, que sucumben; sus mas temidos gefes, Talbot y Scales, se entregan, y son conduidos con Suffolk á los pies del delfín. Juana testigo de la derrota, después de la victoria se compadece de los vencidos desarmados, se apea, entrega la brida á su page, levanta á los heridos del suelo empapado en sangre y los cura con sus propias manos.

El regente, duque de Bedford, temblaba dentro de París.

«Todas nuestras desgracias, escribía al cardenal de Winchester, provienen de una joven mágica, que por medio de sus sortilegios ha devuelto el ánimo á los franceses.» El duque de Borgoña, que se hallaba en Flandes, fué mandado llamar por Bedford, el cual vino para alentar y defender á París auxiliado por los ingleses.

(Se continuará.)

REVISTA MERCANTIL.

Todas las noticias que recibimos de los diferentes mercados de nuestra Península están conformes en presentar en baja y encalmados los negocios de cereales y harinas, sosteniendo los frutos coloniales sus precios, aunque no con tanta firmeza como en las anteriores semanas. Las lluvias siguen beneficiando los campos, que están inmejorables, si bien el estado de los caminos á consecuencia de ellas es causa de que se presenten pocos vendedores en los mercados de Castilla, estando los precios actuales muy por encima del límite á que deben fijarse para que haya una verdadera animación en las transacciones.

En Santander la semana última ha sido tan escasa

en operaciones mercantiles, que apenas la plaza da una idea de la actividad que generalmente reina en ella. Segun tenemos entendido, se han llevado á cabo algunas operaciones en harinas para entregar en los dos primeros meses, habiendo obtenido el precio de 19 3/4 rs. arroba, quedando nuevamente encalmadas y sin apariencias de conseguir igual precio la primera transacción.

Se carece de arribos de frutos peninsulares y de América, y esto imposibilita también de marcar precios. Con la llegada de dos regulares cargamentos de azúcar se han surtido aquellos almacenistas, y creemos que la primera operación que tenga lugar no obtendrá los buenos precios á que se realizaron aquellos: escasean las clases de blanco superior. En cacao se hace poco, pero los precios están muy sostenidos á consecuencia de la escasez del superior de Caracas. El de Guayaquil y Caripano algo mas abundantes, vendiéndose algunas partidas para el interior, y remitiéndose otras para los puertos del litoral.

En Valladolid pocos negocios y precios de 50 reales la fanega de trigo de 94 libras; la arroba de harina á 18 rs., y la fanega de cebada entre 36 y 38 1/2.

En Medina compras encalmadas y tendencias á la baja, no aceptándose sino en muy escasas partidas por los compradores los precios siguientes: Trigo á 48 rs. fanega; cebada, á 36; algarrobas á 26 1/2; centeno, á 28; vino comun del año, de 18 á 20 rs. cántaro; otro añejo superior, de 28 á 30.

Las noticias de Castromocho, Capillas, Paredes y otros pueblos de la provincia de Palencia, presentan aquellos mercados con mas animación que en la semana última. Los precios pueden decirse que son iguales en aquellos puntos, lo mismo que en la capital. Varios cargamentos realizados han fijado el tipo de 50 rs. 80 cts. á 51,25 las 92 libras.

Ningun interés ofrece el mercado de granos en Nava del Rey, que sigue limitándose á satisfacer las necesidades del consumo local á los precios siguientes: Trigo á 48 rs. fanega; cebada á 38; centeno á 40; algarrobas á 28; garbanzos á 100, y guisantes á 40. El vino es bastante solicitado y continúa vendiéndose de 17 á 23 rs. cántaro de lo comun añejo y á 20 reales lo nuevo.

En Rioseco la entrada de trigo ha sido escasa: el precio al detalle de 50 á 51 1/2 las 94 libras. Harina de primera clase, á 18 rs. Id. de segunda, á 16. Id. de tercera, á 14. Cebada á 30 rs. fanega.

En Sevilla el mercado en baja con respecto á los trigos y mas aun en las cebadas, habiéndose llegado á vender los procedentes de Osuna á 28 rs. fanega. Por este artículo, que era el mas sostenido, se puede juzgar de los demás. El vapor *Apóstol* ha llevado mas harinas, que no dejarán de contribuir al mismo efecto. Trigo de 48 á 62 rs. fanega, y harina de Santander de 22 á 24 rs. arroba.

En Alicante son nulas las operaciones en azúcares, y en los demás frutos coloniales han cambiado de manos 60 sacos cacao cubeño á precio reservado, y otros 60 id. Guayaquil, á 3 3/8 rs. libra. Encalmada la demanda de candeales y jejas de la Mancha, como lo está hoy el mercado en general.

De Reus escriben que ha habido en los últimos dias del año muy poco movimiento comercial. Las últimas operaciones han sido de 107 á 108 duros las jerezanas espíritu de 35º puestas á bordo, y de 14 á 14 1/4 duros la carga de Holanda de 19 1/2º y de 17 á 17 1/2 duros los refinados de 24 1/2º puestos en almacén.

En Tarragona el mercado poco concurrido, y las operaciones insignificantes. Los aguardientes se han pagado á 33 1/2 libras carga, el refinado de 24 1/2 grados y 26 1/2 id., el holandá de 19 1/2: sin haber mediado ninguna venta de espíritus de 35 grados, y siendo la mayor parte de los precios nominales.

En Barcelona las fiestas y las lluvias han aumentado la paralización que hace dias se experimentaba, de tal manera, que las transacciones han sido enteramente nulas, así en los frutos y efectos de ultramar como en los del país. En azúcares, aguardientes de caña, cacao y cafés nada ocurre que merezca ser referido, cuando no ha habido ventas ni han tenido alteración alguna los precios avisados.—Lo mismo podemos decir que sucede en los cueros, bien que se observa en ellos flojedad y ciertas apariencias de descenso. En los trigos y harinas, que tampoco ha habido movimiento alguno, parece que la situación se agrava con las grandes cantidades de granos que reciben en Marsella, las cuales es probable produzcan alguna influencia en el mercado de cereales.—Las existencias en los de Castilla ascienden hoy de 46 á 48,000 sacos.

En los pocos dias de trabajo que hemos tenido se han descargado algunas partidas de aceite nuevo de Andalucía y de Tortosa, y vendidos los primeros á 35 sueldos—reales 18,66,—y los últimos de 34 1/2 á 18,40 á 18,66—según clase por cuartal, sin derechos. Los de Urgel se han pagado de 28 á 28 duros 4 rs. la carga, estramuros, y los de Tortosa añejos, en lugar de 36 á 36 1/2 sueldos—reales 19,20 á 19,47—por ser reducidísimas sus existencias.

Finalmente, en los algodones sigue la calma superior, pues aun cuando los especuladores pare agitan algun tanto en estos dias y se manifiestan los tenedores, en su consecuencia, menos dispuestos á realizar viendo la actividad y mejora que avisan de las plazas reguladoras, no se ha efectuado venta alguna durante la semana que merezca ser citada. Los precios siguen nominales, y su marcha sucesiva depende, como hace tiempo, del desenlace que tenga el conflicto anglo-americano. (La Epoca.)

NOTICIAS GENERALES.

Ha cesado de publicarse en Londres el *Español de Ambos Mundos*; los suscritores de España que tengan algun adelanto hecho, se servirán dirigirse al Establecimiento tipográfico de don Francisco de P. Mellado, en Madrid, por cuyo conducto serán reintegrados inmediatamente de la cantidad que les corresponda.

Banco de España. El capital de este establecimiento en 31 de diciembre del año último, era de 511.304,617'43 rs. de los cuales tenia 88.520,433'57, en metálico, 5.739,430'33 en barras de plata y oro en la casa de Moneda y 1.322,994 rs. en efectos á cobrar. Los billetes en circulación en Madrid ascendían en igual fecha á 179.897,300 rs.; los depósitos en efectivo á 15.416,737'64 y las cuentas corrientes á 142.920,614'49.

Desde el 8 del corriente se satisfarán por el Banco, los intereses correspondientes al segundo semestre de 1861 procedentes de los efectos depositados en el mismo que se espresan á continuación: 3 por 100 consolidado, interior y exterior; id. diferido; inscripciones del 3 por 100 consolidado y diferido; material del tesoro preferente y no preferente; acciones de obras públicas y las de carreteras 1.º de julio de 1856; obligaciones generales de ferro-carriles; obligaciones del Estado por subvenciones del ferro-carril de Santander á Alar; acciones del canal de Isabel II; de la sociedad de crédito mobiliario español; de la del ferro-carril del Norte; de la del de Barcelona á Zaragoza, y de la del de Sevilla á Jerez y de Puerto-Real á Cádiz; obligaciones del de Córdoba á Sevilla; acciones del ferro-carril de Madrid á Zaragoza y Alicante; obligaciones del ferro-carril de Langreo; acciones de la real compañía de ferro-carriles portugueses; id. de la compañía general de seguros la Unión; obligaciones hipotecarias del crédito mobiliario español sobre la fábrica del gas; y créditos de sisas municipales del ayuntamiento de esta corte.

Igualmente el Consejo de gobierno, con presencia del balance de fin de diciembre ha acordado repartir á los accionistas el dividendo de 400 rs. por acción como complemento de los beneficios del año de 1861. En su consecuencia desde el dia 15 del actual inclusive pueden presentarse los interesados en la secretaría desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde con los respectivos extractos de inscripción, á fin de percibir en el acto el espresado dividendo.

Por todo lo no firmado:—J. BERNAT.

BOLSA DE MADRID.

Cotización oficial del 7 de enero.

FONDOS PUBLICOS.

Títulos del 3 p. 100 consolidado sin c.	48-20
Títulos del 3 p. 100 diferido sin c.	42-20
Deuda amortizable de 1.ª clase.	35-50
Deuda amortizable de 2.ª id.	14-25
Deuda del personal.	20-55

ACCIONES DE CARRETERAS Y SOCIEDADES.

Emisión de 1.º de abril de 1850 de 4,000.	97-50
Idem de 2,000.	98-00
Idem 1.º de junio de 1851, de 2,000.	97-30
Idem 31 de agosto de 1852, de 2,000.	95-50
Idem 1.º de julio de 1856 de 2,000 sin c.	93-10
Acciones de Obras públicas de 1.º de julio de 1858 sin c.	93-25
Del Canal de Isabel II, de 1,000 reales, 8 p. 100 anual.	106-50
Obligaciones del Estado.	89-25
Acciones del Banco de España.	214-00

CAMBIOS ESTRANEROS.

Londres, á 90 dias fecha.	49-60
París, á 8 dias vista.	5-21

BOLSAS ESTRANERAS.

AMSTERDAM, 2.	Interior.	47 1/8
	Diferida.	41 9/16
FRANFORT, 2.	Interior.	46 1/4
	Diferida.	41
LONDRES, 2.	Interior.	50 1/2
	Diferida.	00 0/0

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

MADRID 1862.—ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.